

Tiembo al pensar que el mismo año, el mismo día y tal vez á la misma hora, murieron muchos que eran mejores que yo y que, como yo, se prometían aún larga carrera. No obstante, *han muerto y han sido sepultados en el infierno.*¹ ¿En dónde estaría yo mismo si hubiese expirado entonces en mi pecado? ¿cuál sería hoy mi morada? Si; *poco ha faltado para que mi alma cayese en el infierno,* y caído hubiera, si el *Señor no me hubiese prestado su apoyo.*¹ Estoy decidido: yo quiero corresponder á la gracia presente, aprovechar el tiempo que se me ofrece, aplicarme enteramente y sin tardanza al más importante de todos mis intereses, y comenzar, en fin, desde el día de hoy á prepararme para la muerte. Porque tiemblo al pensar que, por la pérdida del tiempo que me queda, puedo conquistarme las penas eternas, é ir á aumentar el número de los infortunados á quienes una fatal demora condujo á los abismos.



¹ Luc. 16-22. Sal 93-17.



SEGUNDO MEDIO

No dejar para cuando sobrevenga nuestra última enfermedad el cuidado de prepararnos para la muerte.

Es un juego lleno de peligros, una temeridad culpable, una flagrante oposición con las reglas de la Fe, eso de ir indefenso al último y decisivo combate de la vida, y llegar á la hora de la muerte sin habernos preparado para recibirla. Todos convenimos en este principio, cuya verdad se nos ha demostrado. Deseamos estar preparados para nuestra última hora; mas, engañados por el demonio, dejamos casi toda esta preparación para un tiempo en que, no siendo ya capaces de nada, en vez de tener que comenzar esta obra tan importante, deberíamos ya tenerla felizmente acabada; ¿y quién sabe si será para un tiempo

que tal vez no se nos ha de conceder?

Nuestro propósito es, por tanto, prepararnos para la muerte, en el acto en que sintamos los síntomas de la última enfermedad, y cuando creamos llegados los últimos instantes que debemos pasar en la tierra. Mas, de buena fe, esos días, de dolores y de angustias, cuando la violencia del mal entorpezca la actividad de nuestros sentidos, cuando los terrores de una solución próxima y de la eternidad que avanza turben nuestra imaginación y nuestro juicio, ¿serán por ventura un tiempo apropiado y oportuno para intentar y llevar á buen fin un asunto tan grave por sus consecuencias? Cuando seamos verdaderamente incapaces de cualquier cosa que sea, ¿esperamos poder dar feliz remate á la más difícil de todas las empresas?

Queremos esperar el tiempo de la muerte para disponernos á morir. Mas ¿quién nos ha asegurado que en ese momento supremo tendremos el tiempo necesario para ocuparnos de esta preparación? Por otra parte, aun cuando tal certidumbre se nos hubiese dado, los instantes, tan cortos entonces, de una vida que huye y que se nos escapa, ¿bastarán siquiera para terminar los negocios cuya conclusión hemos dejado para las angustias de la agonía? Supongámoslo,

no obstante. Mas esas últimas horas, ¿serán por lo menos un tiempo apropiado y conveniente para aplicarnos á la obra importante de la preparación para la muerte? La experiencia nos enseña todo lo contrario. En una palabra, para prepararnos á morir, el tiempo de la última enfermedad es un tiempo incierto, muy corto y de ningún modo conveniente. Seria, pues, una increíble temeridad el diferir hasta esa época el difícil asunto del cual depende nuestra eternidad. Tomemos, pues, las resoluciones convenientes, seamos fieles en ejecutarlas, y encontraremos en ellas un medio infalible de obtener la gracia de una buena muerte.

ARTÍCULO I

ESE TIEMPO ES INCIERTO

Enteramente ignoramos si tendremos, en la última enfermedad, el tiempo preciso para prepararnos á morir. Ignoramos ¡qué digo! por el contrario, sabemos que ese tiempo, á lo menos según el orden ordinario de la Providencia, no estará en nuestro poder, y es cierto que moriremos más pronto de lo que pensamos. Dios, Señor de la vida y de la muerte, que tiene en su poder todos los tiempos y todos los instantes, que ha fija-

do el número de nuestros días en la tierra, nos repite en muchos pasajes y en los términos más formales que vendrá como un ladrón en medio de la noche durante nuestro sueño, y cuando en todo pensemos menos en morir; á la hora, en fin, en que no tengamos ningún presentimiento de que es necesario dejar este mundo: *el Señor de este siervo vendrá el día en que él no lo espere, el día en que menos lo piense.*¹ ¿Qué hay de más preciso? *El día del Señor vendrá como un ladrón durante la noche.*² ¿Qué cosa más positiva? *Vosotros no sabéis á qué hora vendrá el Hijo del Hombre.*³ ¿Qué cosa más clara? Por consiguiente, tanto cuanto estamos seguros de no morir más que una vez, otro tanto estamos ciertos de morir en el instante en que menos lo pensemos. La misma Verdad que ha dicho: *“Está decretado que los hombres mueran una sola vez”,*⁴ les ha hecho, además, esta advertencia: *“El Hijo del hombre vendrá á la hora en que menos lo penséis”,*⁵ añadiendo también, á fin de acabar con toda idea de excepción en favor de ninguno de los hijos de Adán: *“Lo que yo os digo, lo digo á todos.”* Es,

¹ Luc. 12. 46.

² Tes 5 2

³ Mat. 24 44.

⁴ Hebr. 9. 27.

⁵ Luc. 12-40.

pues, manifiesto que moriremos á una hora imprevista para nosotros, y es igualmente indudable que, segun el orden ordinario de su Providencia, no tendremos en el momento crítico el tiempo necesario para disponernos bien para ese largo y último viaje, porque todo acontecimiento que sucede sin esperarlo, no deja al hombre así sorprendido tiempo para prepararse á recibirlo.

Después de los oráculos de Jesucristo, la experiencia viene también á probarnos todos los días que saldremos de esta vida cuando menos lo pensemos. Porque no solamente mueren de muerte imprevista los que son llevados de este mundo atacados de apoplejía, heridos por un rayo ó víctimas de un hierro asesino, pues son muchos los que, clavados en su lecho por una larga enfermedad, pagan, antes de esperarlo, su tributo á la naturaleza. Es cierto, según el pensamiento de San Gregorio el Grande, que nuestras enfermedades son como los precursores de la muerte, *que el Señor toca á nuestra puerta, y nos anuncia la aproximación de nuestro fin por los sufrimientos y las enfermedades*¹. Mas, por desgracia, cerramos casi siempre el oído á las advertencias de la muerte, y

¹ S. el Evangel.

no hacemos caso de esos mensajeros que envía de antemano. En efecto, sin hablar de los que mueren sin haber sentido ningún síntoma de enfermedad, ¿cuántos hay que, en su lecho, sucumben á una indisposición aun antes que ésta se muestre alarmante? ¿Cuántos otros son advertidos muy tarde del peligro de su estado? ¿y cuántos hay, en fin, que, prevenidos de las aproximaciones de la muerte, no quieren aún creer en ella? Muchos hay que tienen, por decirlo así, el último soplo de vida en los labios, y todavía confían, en contra de toda esperanza, en recobrar muy pronto la salud.

¿Quién podría contar las diversas maneras cómo á diario los hombres se ven retenidos por una larga enfermedad en su lecho y no obstante mueren cuando ellos menos lo piensan? Si; la sentencia está dictada y es irrevocable: de manera que aunque uno haya comenzado por estar enfermo, siempre muere á la hora en que menos espera, porque nadie se puede persuadir de que la que sufre sea su última enfermedad y de que debe morir pronto. Queramos ó no, seremos arrebatados de improviso por la muerte. Jesucristo advierte á todos los hombres: *Tened cuidado que ese día no surja repentinamente para vosotros, porque os*

*envolverá á todos como en una red*¹.— *A todos*; por consiguiente, á vos también: *porque yo vendré á vosotros*, dice el Salvador; *vendré como un ladrón y no sabréis la hora de mi llegada*². Vos también morireis, pues, á la hora en que menos lo penseis; y debeis creerlo tanto más cuanto que los buenos y aun los fieles siervos llegan muchas veces á la última hora sin esperarlo y sin haberlo previsto. La vispera de su muerte, San Francisco Javier formaba el proyecto de someter á la fe el inmenso imperio de la China, sin prever que la isla de Sanciano iba á ser su sepulcro. Tan cierto es que el momento de su fin está oculto al hombre; pues, si los Santos mismos son frecuentemente sorprendidos por la muerte, ¿con qué derecho pretendéis vos ser la escepción de esta regla general?

Demorando vuestra preparación hasta la última enfermedad, exponéis, pues, la salvación de vuestra alma, á un peligro inminente, porque es excesivamente dudoso el que tengais entonces el tiempo necesario para fortaleceros contra las pruebas que os asalten. ¡Qué temeridad, no será el dejar el cuidado de un asunto de esta importancia para un tiempo con el cual no podeis contar! ¡Desgra-

¹ Luc 21, 34.

² Apoc 3 3.

ciado! ¡aplastais vuestra preparación para la muerte hasta la hora en que creéis vais á morir! Muy bien; pero lo cierto es que morireis á la hora en que no lo penséis; así es que jamás os prepareis, y la muerte os sorprenderá de improviso, porque sin una gracia especial con que no debemos contar, no tendreis entonces el tiempo para hacer vuestros preparativos.

Pero *muchos*, decís vos, según San Crisóstomo, *han llegado á una extrema vejez*, y durante su última enfermedad *han tenido tiempo de confesarse* y prepararse para tener un fin piadoso y cristiano.—*¿Y qué se deduce de allí? ¿Que el mismo favor os será concedido á vos? —Puede ser*, respondeis, *que yo no sea privado de él*¹.—¡Puede ser! Pues bien, esa sola expresión manifiesta vuestra incertidumbre, y vuestra propia confesión demuestra es muy dudoso que tengáis en vuestra última enfermedad el tiempo necesario para prepararos á morir. Es cierto que el buen ladrón coronó una vida criminal con un fin santísimo y que pudo disponerse para una muerte dichosa unos instantes solamente antes de expirar; pero escuchad á San Bernardo: *Sólo uno*, dice, obtuvo esta gracia,

¹ Homil. 22 á los Cor.

á fin de que no desespereis; no obstante, *él es solo, para que no caigais en la presunción*.—*¡Sólo uno!* ¡y esto fué el día en que se cumplió el inefable misterio de la redención, el día de las grandes misericordias! Sólo él fué privilegiado, y tan solo, que el compañero de sus crímenes y de su tardanza en convertirse murió en el mismo suplicio, sin ninguna preparación y se condenó para siempre. De esos dos hombres que habian dejado para la última hora su preparación para la muerte, sólo uno recibió del Salvador moribundo la promesa del paraíso. ¿Quién, pues, se atrevería á abandonarse á una confianza temeraria? El otro fué precipitado en el infierno. ¿Quién no se sentirá poseído de temor? Ciertamente, la pérdida de éste debe inspirarnos mucho más vivos temores que la suerte dichosa del otro puede autorizarnos para tener presuntuosas esperanzas. *No demoreis*, os diré con San Crisóstomo, hasta que sea llegada la última enfermedad, vuestra preparación para la muerte, *porque ignoráis cómo pasará para vosotros ese último día*¹, y es dudoso que tengáis entonces tiempo de hacer vuestra preparación. No abandonéis, pues, la suerte de vuestra eternidad á un tiempo

¹ Homil. 22 á los Cor.

que no os ofrece más que incertidumbres y temores.

ARTÍCULO II

ESE TIEMPO ES MUY CORTO

Admitamos que en el momento supremo la bondad de Dios se dignará dejarnos algunos instantes para prepararnos al gran viaje de la eternidad; pero no es menos cierto que los días de nuestra última enfermedad serán un tiempo muy corto para poner en orden los asuntos de nuestra alma. Es muy fácil probarlo. Casi siempre, á las primeras apariencias del mal, no se ve en él mas que una indisposición poco alarmante; el médico y los amigos del enfermo le dan á la vez la esperanza de una curación próxima, y con el miedo de alarmar é inquietar su espíritu, alejan con cuidado todo lo que podría indicar algún temor de peligro. Y se da fe á las palabras de los que rodean al enfermo: aquello no es más que una ligera alteración de salud, una fiebre benigna, "nada", como ellos dicen; mas, en verdad, es ya la última enfermedad, es una enfermedad mortal. Como el enfermo ha sentido muchas veces en el curso de su vida semejantes indisposiciones, no experimenta en esta ocasión ninguna

desconfianza; ni aun le asalta la idea de que podría sucumbir, y descuida imprudentemente esos primeros síntomas de muerte.

Mas el peligro se va aclarando, y el enfermo, en vez de dedicar sus primeros cuidados al alma, pierde muchos días en consultar á los médicos, en recibir sus prescripciones, en hacer, tomar y preparar sus remedios: se le dice que no es aún tiempo de trabajar para obtener una buena muerte, sino para recobrar la salud; que es necesario apresurarse y recurrir á los medios de curación; cuanto á él, tan ocupado está en ello, que todas sus horas se pasan en responder al médico ó en aplicarse los remedios. Entretanto, la enfermedad se agrava, el peligro aumenta, las fuerzas disminuyen, no le quedan más que algunos instantes para arreglar las cuentas de su conciencia, y repentinamente una crisis decisiva le sorprende y le arrebató al mundo.

Muchas veces no son más que unas veinte horas antes que expire y cinco ó seis horas antes de perder el uso de los sentidos y de la razón cuando el enfermo es advertido de lo peligroso de su estado. Mientras se extinguen esos últimos restos de una vida que va á terminar, es necesario consolar á su familia, recibir las despedidas de sus amigos,

disponer sus funerales, pagar sus deudas, dar instrucciones á los herederos, terminar todos sus asuntos difíciles á fin de no dejar materia á procesos ni ocasión á injusticias; le es necesario, en fin, consagrar toda su atención á mil cuidados tan minuciosos como difíciles. Entonces, cuando los momentos son tan urgentes, es cuando el moribundo, en medio del desorden de toda su casa, en la agitación en que le sumergen sus propios temores; en el exceso y la violencia de los dolores que le oprimen, comienza á querer expiar sus faltas por una buena confesión; y feliz él si no se ve obligado á emprender una confesión general en la cual tendría que recordar toda su vida y que le descubriría la necesidad de restituir los bienes ó la reputación del prógimo, de reconciliarse con sus enemigos, de reparar los escándalos de que ha sido causa. De un momento á otro es necesario interrumpir esta interesante acción para conceder al cuerpo un poco de descanso, y administrar los remedios que su estado exige. ¡Qué de preocupaciones para un moribundo! Y, no obstante, ha pasado con silencio la obligación en que está de hacer actos de las virtudes convenientes á su estado, principalmente de las virtudes teologales: puede ser que jamás ha-

ya contraído el hábito de hacerlos, puede ser que ignore hasta su nombre, y habría necesidad de instruirle para que pudiese cumplir este deber impuesto á todo cristiano en el artículo de la muerte.

Sólo breves horas se le conceden para ocuparse de tantos asuntos, tan diversos y tan difíciles. En verdad, ¿podrán tan cortos instantes bastar á un hombre que va á entrar en su agonía, que casi no tiene ya conciencia de si mismo, pues toda *la atención del espíritu*, como dice San Agustín, *se concentra únicamente en donde está la sede del dolor?*

Es un trabajo difícil aun en la plenitud de la salud, del juicio y de las fuerzas, y con la calma perfecta del alma, el examinar nuestra conciencia para hacer una buena confesión, sobre todo una confesión general, y el excitarnos á una verdadera contrición de nuestros pecados. Después de un diligente examen de nuestras faltas, aún nos vienen dudas é inquietudes innumerables, con las cuales no querriamos morir antes de haberlas sujetado al ministro de reconciliación: nos quedan escrúpulos y remordimientos bastante fundados, que no podríamos despreciar sin imprudencia.

¿Qué será, pues, en nuestra última enfermedad, cuando la complicación de los negocios, la confusión y la turbación de

nuestras ideas, no nos dejen ni aun la presencia de espíritu precisa para hacer una confesión ordinaria? Debilitados en extremo y próximos á dar el último suspiro, ¿nos será fácil revisar la cuenta general de nuestra vida, que jamás hemos examinado bien, y cuyo arreglo hubiera exigido, aun cuando estábamos en perfecta salud, la penosa aplicación de muchos días? Este trabajo, que nos hubiera ocupado tal vez una semana entera cuando ni nuestra inteligencia ni nuestras fuerzas hubiesen recibido ningún mal, ¿lo acabaremos en algunas horas cuando el cuerpo se halle extenuado, cuando los sentidos estén debilitados y el espíritu no pueda ya coordinar sus ideas? ¿Esperamos acaso este prodigio?

Es cierto que deberíamos consagrar todos los años de nuestra vida á la cuestión de la eternidad; ¡y sin embargo, la relegamos á esas horas de angustias, á esos instantes terribles que preceden á nuestra muerte! Mas yo pongo por testigo el día de hoy al cielo y la tierra,¹ y afirmo que entonces ya no será hora, porque el tiempo de la última enfermedad es corto;² es muy corto para disponernos á bien morir. Si aplazamos hasta

¹ Judit 7 17.

² 1 Cor. 7 29

entonces el asunto de nuestra salvación, lo repito delante de Dios, delante de Jesucristo y delante de sus santos ángeles,¹ moriremos sin haberlo hecho; y á menos de una gracia especial, que Dios concede rara vez, y por excepción al orden de la divina Providencia, no tendremos en el espacio tan corto de los días de nuestra última enfermedad tiempo suficiente para prepararnos para la muerte.

ARTÍCULO III

ESE TIEMPO NO ES OPORTUNO

El tiempo ya tan incierto y tan corto de la última enfermedad no es un tiempo propio y conveniente para prepararnos al difícil viaje de la eternidad. Dejemos sino la palabra á la experiencia. Imaginaos un hombre que ha querido retardar hasta ese momento, hasta las puertas del sepulcro, el cuidado de esta importante reparación. Vedle: una grande y súbita enfermedad le ha tendido en su lecho y ha extinguido sus fuerzas; héle ahí con todos los síntomas de la muerte. El ministro de la religión está á su cabecera, y le insta, le exhorta, le alienta y le consuela; mas el enfermo tiene ya la imaginación turbada, la razón perdida y la

¹ 1 Tim 5. 21.